

Petros Márkaris

LA CONJURA DE LOS SUICIDAS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

PETROS MÁRKARIS
LA CONJURA DE LOS SUICIDAS

Traducción del griego de Ersi Marina
Samará Spiliotopulu

TUSQUETS
EDITORES

Las visitas de buena mañana suelen despertar en mí una especie de premonición desagradable. Afortunadamente, Stela no es una visita.

—Ha llamado un tal Vlasópulos y quiere hablar con usted. Dice que usted le conoce. —Al ver mi sorpresa, me pregunta para estar segura—: ¿Le conoce?

—Claro, igual que tú. Hace tiempo formaba parte del Departamento de Homicidios. Puede que no te acuerdes de su nombre, pero seguro que te suena de haberlo visto acompañándome al despacho de Guikas.

Le describo a Vlasópulos y Stela lo recuerda enseguida.

—Pues claro que le conozco. Voy a llamarle para que pueda hablar con usted.

Mentiría si dijera que la situación me entusiasma. Vlasópulos fue uno de mis subordinados durante muchos años, pero acabamos separándonos en circunstancias poco agradables. Cuando el antecesor del actual subdirector me hizo la vida imposible, Vlasópulos se puso de su parte, con la esperanza de asegurarse una promoción. No le salió bien la jugada y tuvo que solicitar un traslado, puesto que ya nos resultaba imposible trabajar juntos en el mismo departamento. Desde entonces no hemos tenido ningún contacto y me pregunto cómo debo enfrentarme a él ahora.

El sonido del teléfono interrumpe mis pensamientos.

—Buenos días, señor subdirector. ¿Se acuerda de mí?
—pregunta con voz que suena cálida y amigable.

—Claro que me acuerdo, Vlasópulos. ¿Cómo iba a olvidarte después de trabajar juntos durante tantos años? —contestó, esforzándome por corresponder a su amabilidad.

Siguen las típicas preguntas sobre cómo estamos de salud, tanto nosotros como nuestras familias en época de pandemia, hasta que, por fin, llegamos al asunto que le preocupa.

—Actualmente soy el jefe de la comisaría de Egaleo. Le he llamado para pedirle su opinión. Ayer se suicidó en el barrio un tal Dimoscenis Begleris. Tenía casi noventa años. Nosotros nos hemos enterado por casualidad esta mañana. El médico que acudió para certificar el fallecimiento consideró que debía hacernos llegar la carta que dejó el difunto explicando las razones por las que se quitó la vida.

—¿Te parece que hay algo sospechoso en la carta?

—Debajo de la firma, el difunto escribió una frase: «Viva la conjura de los suicidas». Me dio mala espina y se me ocurrió que debía informarle a usted.

—¿Hay algo más en la carta, aunque sea una simple insinuación?

—No. Describe la miseria que le rodeaba para explicar su decisión de quitarse la vida. Eso es todo.

—¿Cómo se suicidó? —pregunto.

—Anoche, cuando su nieta le llevó la cena, se lo encontró en la cama con una navaja a su lado. Se había cortado las venas.

—Entonces, la última frase podría ser un grito de desesperación.

—Sí, es posible —reconoce Vlasópulos.

Prefiero no cortar la conversación de golpe ahora que nos hemos reencontrado.

—Hazme llegar la carta del suicida para que la lea, y volveremos a hablar.

—Se la enviaré por correo electrónico —me dice Vlasópulos, y colgamos.

La pandemia nos tiene a todos con los nervios a flor de piel. Y ahora el confinamiento general ha añadido cargas adicionales, como un impuesto extraordinario.

Incluso nuestra vida familiar se ha convertido en una prueba de resistencia psíquica. Fanis ha prohibido a Melpo que vaya a cuidar de Lambros porque tiene miedo de que traiga el virus a casa desde el refugio de los sin techo donde vive la mujer, a pesar de que Zisis les hace cada semana un test a todos los residentes que todavía no se han vacunado contra la covid-19. Así que es Adrianí quien se ha tenido que hacer cargo de los cuidados de su nieto a jornada completa.

Sin embargo, más que el pequeño Lambros, a Adrianí los que la ponen de los nervios son los padres de la criatura. Katerina intenta seguir despachando sus expedientes por vía electrónica o llamando por teléfono, pero los juzgados han suspendido su actividad y no consigue avanzar con casi ninguno de los casos. Y, por otra parte, las presiones recibidas en el hospital han convertido a Fanis en un andrajo humano tanto física como psicológicamente. Cuando vuelve a casa no tiene ganas de abrir la boca ni para comer. Se tiene que esforzar para darle un abrazo a su hijo. La pareja no para de discutir.

Por suerte, Adrianí, Fanis y yo mismo ya nos hemos vacunado. Solo Katerina está esperando todavía a que le llegue el turno.

Yo soy el más relajado de la familia. En el departamento impera una calma absoluta. Como suele pasar en agosto, cuando no se mueven ni las hojas de los árboles. Se diría que

el confinamiento ha encerrado en sus casas hasta a los asesinos. Tal como van las cosas, pronto empezaremos a jugar a las cartas o al ajedrez en el despacho, para matar el tiempo que nos toca estar de servicio.

Cada tarde, al terminar el trabajo, pongo rumbo a la casa de mi hija, con la esperanza de levantar un poco los ánimos de toda la familia.

Empiezo por mi nieto, que me espera como si fuera el mismísimo Mickey Mouse. Jugamos juntos hasta que le llega la hora de cenar e irse a dormir. A continuación, le toca el turno a la tríada familiar. Me esfuerzo por relajar un poco el ambiente, porque las tensiones del día a día conducen a gritos y estallidos de cólera por cualquier motivo.

Esta costumbre diaria se cumple sin excepciones y con auténtica devoción. Hasta el punto de que Adrianí procura llevarme ropa de repuesto de casa, para que pueda cambiarme y no tener que andar por ahí con la ropa de trabajo.

La guinda del pastel es la ausencia de Zisis. A pesar de haber sido vacunado ya, no asoma la nariz fuera del refugio. Por un lado, porque ahora que las cosas se han puesto feas quiere estar al tanto del funcionamiento del refugio en todo momento. Por otro, porque quiere adelantarse a las posibles fechorías de algunos residentes. Teme constantemente que algunos decidan escaparse aprovechando su ausencia y luego vuelvan con el virus a cuestas. Todo esto ha impulsado a Zisis a asumir una especie de cuarentena voluntaria.

Stela interrumpe mis cavilaciones cuando aparece para entregarme la carta del suicida. Está escrita a mano.

Tengo noventa años. Empecé como obrero de la construcción en la plaza Kotzia y he acabado siendo propietario de mi propia casa. Me he pasado la vida luchando y esforzándome. Ahora miro a mi alrededor y la lucha se ha convertido en una

especie de tiempo de descuento interminable. La pandemia la pagan los comercios, la pagan los bares y los restaurantes. Todo está cerrado. A todos les quitan el pan de la boca, pero nadie sale a protestar. En mis tiempos ya se nos habrían ocurrido cien maneras de sublevarnos. Hasta plantarnos en las puertas de las tiendas cerradas con un cartel que dijera TENEMOS HAMBRE sería una forma de protesta. Nosotros no teníamos ni un duro. La gente de ahora se ha gastado el dinero en lujos superfluos. Veo la decadencia en la televisión y se me revuelven las entrañas. Primero perdí a mi mujer. Después perdí a mi hija. Solo me queda Yanna, mi nieta, que me trae un plato de comida todos los días y charla un poco conmigo. Será mejor que cierre los ojos de una vez y descanse en paz. A lo mejor, si pongo fin a mi vida, otros despertarán y lucharán.

Yanna mía, ya es hora de que me vaya. No te aflijas por mi pérdida. Piensa que así estaré mejor. Hasta siempre.

Dimos Begleris

¡Viva la conjura de los suicidas!

Leo la carta dos veces, pero no veo nada extraño ni sospechoso. Un hombre nonagenario, que ha perdido a su mujer y a su hija, vive solo y decide poner fin a su vida. Lo demás, sobre luchas y espíritus combativos, no es más que su manera de buscar coraje en medio de la desesperación para que así le resulte más fácil decidirse.

A pesar de todo, no quiero quedarme solo con mis conclusiones por miedo de que se me haya escapado algún detalle relevante. Llamo a mi equipo y les doy a leer la carta de despedida de Begleris. Cuando terminan, se me quedan todos mirando con estupor.

—¿Cuál es el problema? —me pregunta Dermitzakis, extrañado.

Le cuento la versión de Vlasópulos. Al oír su nombre, Kula y Dermitzakis se quedan anonadados.

—¿Dónde está ahora? —pregunta Kula.

—Es el jefe de la comisaría de Egaleo.

—¿Y qué es lo que le da mala espina? —cuestiona, todavía extrañado, Dermitzakis.

—Esa última frase con el «viva» le parece sospechosa.

—Venga ya. ¿Es que hay que esperar coherencia de alguien que está a punto de suicidarse? —comenta Dervísoglu.

El intercambio de pareceres concluye de manera unánime. Enseguida llamo a Vlasópulos:

—Todos en el departamento estamos de acuerdo en que se trata de un grito de desesperación de Begleris antes de poner fin a su vida —le digo.

—Vale, entonces puedo estar seguro de que no se me ha escapado nada.

Pongo fin a la llamada transmitiéndole los recuerdos de Kula y de Dermitzakis. Vlasópulos promete venir a vernos a la primera oportunidad.